

manes de los franceses parecieron tortas y pan pintado. Como en castigo, desde este instante llovieron desastres sobre los invasores. Las columnas enviadas á Terni y Magliano fueron copadas; los siete mil hombres de la costa adriática, dispersos; Mack no pudo tomar siquiera el castillo de Sant Angelo, y como se hubiese adelantado hacia el Apenino, sus divisiones fueron batidas una tras otra por Championnet y Macdonald. No hubo apenas un solo combate; á los primeros disparos, los napolitanos echaban á correr como liebres. El quince de Diciembre, tuvo que salir Mack de Roma á uña de caballo, dejando en poder de los franceses quince mil prisioneros y cuarenta cañones. Championnet restableció el gobierno republicano, y reforzado con unos diez mil hombres, salió camino de Nápoles. En su desgracia, los reyes apelaron al fanatismo de las masas napolitanas y de los montañeses de los Abruzos, excitados las unas y los otros por sacerdotes y monjes, que les predicaron una cruzada contra los impíos revolucionarios. Championnet iba avanzando. Gaeta capituló sin resistencia; la guarnición que defendía el desfiladero de Popoli se dispersó, no bien oclumbró las primeras avanzadas del ejército francés. El desorden aumentaba en Nápoles. Los *lazaroni* armados se entregaban á todo género de excesos; nada respetaban ni á nadie obedecían, llegando la situación á tal extremo de gravedad que, en la noche del veintidós, la familia real, los embajadores de Francia y de Inglaterra y una porción de emigrantes se refugiaron en la flota inglesa, para que les llevase á Palermo. Mack negoció con Championnet el once de Enero una tregua, comprometiéndose á entregarle á Capua, retirar sus fuerzas al Aversa y pagar por contribución de guerra once millones de libras. Al llegar á Nápoles la noticia de la tregua, los *lazaronis* gritaron traición, se apoderaron de los fuertes y abrieron las cárceles, siendo su furor tan grande que Mack hubo de refugiarse, para salvar la vida, al cuartel de Championnet. Éste marchó contra Nápoles, degolló á miles de sediciosos en las calles, no sin sufrir terribles pérdidas, hasta que el silencio de la muerte envolvió á la desdichada ciudad. La monarquía fué abolida y proclamada la República Parthenopea, que todas las provincias reconocieron. Desde este punto, la Gran República dominó sobre toda la Península, y llenó sus cajas con los exorbitantes tributos de guerra que impuso de nuevo. Con razón escribía Nelson: «Si las potencias hubiesen atacado hace tres meses, no quedaría un francés en Italia; si tardan tres meses más, es dudoso que se les pueda echar nunca de este hermoso país».

Del mismo modo que Nelson opinaba el ministerio inglés, el cual, viendo tan pertinaz al Austria en sus indecisiones, trató de persuadir al emperador Pablo, por medio de su embajador Whitworth, de que no cuadraba ni al poderío ni á la dignidad de Rusia limitarse á suministrar un puñado de tropas á los otros Estados, sino que potencia tan grande debía marchar á la cabeza de Europa en la santa lucha contra la Revolución. Muy bien le sonaron á Pablo estos acentos, y en su virtud, firmó tres tratados de alianza: con

Inglaterra, el veintinueve de Diciembre, comprometiéndose á enviar un cuerpo de cuarenta y cinco mil hombres, por doscientas veinticinco mil libras esterlinas al empezar la campaña y setenta y cinco mil todos los meses, que le entregaría el gobierno británico; con Nápoles, el mismo día, ofreciendo un cuerpo de socorro de once mil hombres, que marcharía inmediatamente á Dalmacia, para ser llevado de aquí á Italia en navíos napolitanos; con Turquía, el tres de Enero del noventa y nueve, prometiéndole una flota de doce navíos de línea y, caso de necesidad, un ejército de ochenta mil hombres. Dos días después, Inglaterra entró en la alianza ruso-turca, obligándose á proporcionar á los turcos todo el apoyo de que necesitasen en el mar, y el Sultán á poner cien mil hombres en movimiento contra los franceses. También la Puerta trató el once de Enero con el rey de las Dos Sicilias, prometiéndole á éste diez mil albaneses para expulsar á los franceses de Nápoles. La segunda coalición estaba formada; del mar Blanco al faro de Mesina, Europa se preparaba á la guerra. Pero, por mucho daño que los aliados pudiesen causar á los franceses en Oriente, en Italia, en Holanda, en los mares y en las colonias, á nadie se le ocultaba que sería difícil descargar fuertes golpes á la grandeza republicana sin la cooperación de una de las potencias alemanas, cuando menos. Durante todo el mes de Diciembre, esta cooperación siguió siendo incierta, no ya en Berlín, más también en Viena. Thugut continuaba con sus vacilaciones. Una paz medio honrosa le agradaba más que toda la gloria de los combates. No atacar, mostrarse inflexible en ciertos puntos y esperar el ataque, era todavía su criterio. Pero esta política no era cuerda. No se necesitaba ser un lince para ver que el caso de guerra previsto por el mismo Thugut, no tardaría en presentarse, y en estas circunstancias, era deber de hombre honrado no abandonar á Nápoles y romper cuanto antes una lucha que no se podía evitar. Año nuevo, vida nueva. Desde comienzos del noventa y nueve, el imperial ministro fué variando de parecer.

En un mismo día, el dos de Enero, recibió Thugut una nota del Directorio á la Diputación del Imperio en Rastadt, denunciando la entrada de las tropas rusas en territorio imperial como caso de guerra inmediata, y luego, una carta de Pablo amenazando llamar á sus tropas si Austria no disolvía el inútil Congreso de Rastadt y tomaba resueltamente una actitud belicosa. Thugut se resolvió: declaró oficialmente, y en nombre del emperador, á la embajada de Rusia, que Su Majestad estaba decidido á tomar las armas y romper las hostilidades tan pronto como la estación lo permitiese y los aliados se hubiesen entendido sobre un plan común de operaciones; y encargaba al gobierno ruso guardar secreta esta resolución, que por nada del mundo se alteraría, hasta el instante en que el Austria hubiese llevado á buen término su tratado de subsidios con Inglaterra. Las vacilaciones de Thugut habían concluído, y tanto como había trabajado antes por el aplazamiento, tanto trabajó ahora por descargar pronto y terribles golpes. Habiendo fallecido

el general en jefe del ejército de Italia, el príncipe Federico de Orange, se confirió este alto puesto al archiduque José, hermano del Emperador y que estaba para casarse con la hija del Czar; y como este príncipe no entendiase palabra del arte de la guerra, se llamó para dirigirla al militar más hábil, al vencedor de los turcos y polacos, el general Suwarow, en el supuesto de que semejante elección lisonjearía el orgullo ruso y comprometería á Pablo á estrechar más y más su alianza con el Austria. El treinta y uno de Enero, llegó á San Petersburgo el despacho transcribiendo estas medidas, y Cobentzel respiró. Pablo se hallaba muy perturbado. Su ardiente pasión por Lapuchin le tenía sorbidos los sesos. Ya no se cuidaba del gobierno, y su irritabilidad y violencia naturales habíanse agravado por las continuas alternativas de depresión, despecho y remordimientos. El objeto principal de su cólera á la sazón era el Austria. Las terribles noticias que recibía de Nápoles le sublevaban contra la pérfida conducta de su aliada, y de un momento á otro era de temer una ruptura. Las belicosas declaraciones de Viena desvanecieron la tempestad y restablecieron la calma. Pablo accedió al punto á que Rosenberg y Hermann marchasen á la alta Italia y Gallizyn hacia Alemania, añadiendo á las tropas de este último los siete mil hombres que formaban el cuerpo de emigrados de Condé. La idea de ver á un general ruso á la cabeza de los ejércitos austriacos en Italia halagaba su orgullo, á pesar de haber recaído la elección en Suwarow, cuya independencia de juicio no podía soportar. «Me habéis pedido á Suwarow, dijo á los austriacos, y os lo he dado, tal como es; si no os va bien con él, no será mía la culpa». Por su parte, el general ruso, al expresar á Cobentzel su gratitud, le advirtió que contaba con poderes ilimitados. «Atacaré al enemigo donde menos se imagine, dijo, lo que me sería imposible si estuviese sujeto á las órdenes del Consejo Áulico». Por este lado, todo parecía marchar admirablemente; mas no dejaron de presentarse circunstancias adversas, cuya más importante fué el no lograr entenderse Inglaterra y Viena acerca del tan manoseado tratado del noventa y siete. Una nueva gestión que se practicó ahora por mediación de Whitworth, tampoco dió resultado, quedando Thugut reducido, en empresa tan grande, á los escasos recursos de su exhausta hacienda. Prusia persistió en la neutralidad. En vano Grenville, que se había trasladado á Berlín el dos de Enero, y el embajador ruso, Panin, apuraron los recursos de su ingenio y las artes de la diplomacia; en vano lograron convencer á todos los ministros de la conveniencia de ingresar en la alianza; el rey Federico Guillermo, más deferente á la opinión de los militares que á la de los gobernantes, se mantuvo en la neutralidad. «Este sistema es el mejor, dijo á Alvensleben, porque se puede pasar siempre de la neutralidad á la guerra, mientras que no se puede volver, cuando se quiere, de la guerra á la neutralidad». Ciertamente, se inspiraba esta decisión en motivos muy puros, en asegurar al pueblo los beneficios de la paz; pero fué á todas luces funesta y el primer paso para la catástrofe de Jena.

Mientras tanto, el adversario imprimía vertiginosa rapidez á los sucesos. El gabinete de Viena no se tomó la molestia de contestar á la nota del Directorio del dos de Enero, considerando como caso de guerra la entrada de las tropas rusas en el Imperio alemán. El plazo fijado espiraba el quince de Febrero, y no bien hubo transcurrido, las tropas francesas pasaron el Rhin por Mannheim, Strasburgo y Basilea, al tiempo que los plenipotenciarios franceses declaraban en Rastadt á la diputación imperial, que el Directorio se veía obligado á tomar esta medida para protegerse contra las hostilidades del Imperio, pero que su ánimo era continuar en amistosas relaciones con el Imperio alemán y llevar á feliz término la negociación pendiente. En semejantes términos se expresaron los directores el doce de Marzo, en el mensaje á los Consejos pidiendo que se declarase la guerra al rey de Bohemia y Hungría y al gran duque de Toscana. El archiduque Carlos, que tenía á la sazón unos veintiocho mil hombres en las márgenes del Lech, respondió el tres de Marzo á los manifiestos de los generales franceses, enumerando, en una proclama, dilatada serie de ilegalidades, violencias y deslealtades, y oponiendo, á las palabras de amistad dirigidas al Imperio, la conducta altanera y ofensiva de los representantes republicanos en Rastadt. Su vanguardia pasó el Lech el cinco de Marzo y el grueso de sus tropas el nueve, para rechazar las primeras embestidas de los franceses. Así empezó la guerra de la segunda coalición. Las masas que los aliados ponían en movimiento eran imponentes, marchando juntos y del brazo germanos, eslavos y turcos, la católica Austria y la protestante Inglaterra, la cismática Rusia y los sectarios de Mahoma. No eran de despreciar las que acaudillaba la Francia revolucionaria, sumando á las suyas propias las de los holandeses, suizos, italianos y españoles. Los unos seguían invocando la libertad, la igualdad y la fraternidad de los pueblos, la abolición de los males causados por la monarquía, la nobleza y el clero; los otros, exasperados por las iniquidades cometidas á nombre de la libertad, presumían combatir en defensa de los derechos legítimos y de la independencia de las naciones. ¡Qué diferencia entre esta lucha y la del veintinueve! Entonces, los franceses se lanzaban al ataque con una fe ciega, entusiasta, en la emancipación universal de las naciones, al paso que los aliados solo pensaban en aprovecharse de la ocasión para aumentar y extender su poderio; ahora, la palabra libertad es un vano nombre, que la inmensa mayoría del pueblo francés detesta y que sus gobernantes sólo emplean como pretexto para realizar nuevas conquistas, mientras que los aliados luchan, más que por intereses egoístas, por los principios de la política conservadora, por el restablecimiento del estado de derecho anterior á la Revolución.

Con perspectivas poco lisonjeras para el Directorio se inauguraba la campaña. Ciertamente que, según los cuadros del ministerio de la Guerra, el estado de las fuerzas republicanas era brillante: ciento diez y siete mil hombres en Italia, sesenta mil en Suiza, setenta y ocho mil en Maguncia y veintisiete mil en Holanda. Partiendo de esta base, se pensaba

dividir el ejército de Jourdan en dos: el uno, de cuarenta y seis mil hombres, conquistaría, á las órdenes de Jourdan, la Suabia y la Baviera; el otro, de cuarenta y dos mil, debería, bajo Bernadotte, apoderarse de las plazas alemanas y proteger el flanco izquierdo de Jourdan. Pero la mayor parte de estas cifras sólo estaban en el papel. Cuando llegó el momento de obrar, Jourdan se encontró con solos treinta y seis mil hombres; Bernadotte, con ocho mil; Massena, en Suiza, con diez mil reclutas suizos, que servían de mala gana, y treinta mil franceses, sin víveres, mal armados y peor vestidos. El más cabal era el ejército de Italia, pero se hallaba repartido por toda la Península, desde los Alpes hasta el estrecho de Messina, no habiendo en el Adige, frente á los austriacos, más que unos cincuenta mil hombres. De mal presagio fué que su general en jefe, Joubert, dimitiese, por desavenencias con los comisarios civiles, y fuese reemplazado por el anciano Scherer, ministro de la Guerra á la sazón, que distaba mucho de hallarse á la altura de las circunstancias. Por parte de la coalición, nada había que desear respecto á los elementos que constituyen el poder de un armamento. En el Sur de Alemania, el archiduque Carlos disponía de unos noventa mil hombres; veinticinco mil mandaba Hotze en Vorarlberg y los Grisones; cuarenta y seis mil, Bellegarde en el Tirol, y ochenta y seis mil en Venecia, el general Kray. Además, al ejército de Italia habían de incorporarse los cuerpos rusos de Rosenberg y Rehbinder, con fuerza de más de treinta mil hombres, y el belicoso Suwarow, que había de mandarlo, con poderes ilimitados. En todos los puntos, el número de combatientes aliados superaba casi en el doble al de los franceses, y todos sus cuerpos se hallaban bien abastecidos y ejercitados. A todas estas ventajas, en fin, juntábase la esperanza de que estallase el odio popular contra los republicanos á cada paso que se diese en Suiza y en Italia.

Esto no obstante, los primeros choques fueron favorables á los franceses. Ocurrieron en el país de los Grisones, donde el general austriaco Auffenberg, sorprendido y cercado por las tropas de Massena, tuvo que deponer las armas el siete de Marzo, perdiendo, entre muertos, heridos y prisioneros, más de cinco mil hombres. No fueron interiores á éste los desastres de Taufers y Martinsbruck, veinticinco de Marzo, que costaron á los austriacos otros cinco mil hombres y tres batallones. Las tropas aliadas perdieron parte de sus bríos; Thugut montó en cólera, revolviéndose, sobre todo, contra el Archiduque, sobre quien echaba la culpa de todo. Gracias que en los otros campos de batalla la fortuna se mostró propicia á los austriacos. En el Danubio, el primer encuentro entre Jourdan y Carlos acaeció el diez y nueve de Marzo, cerca del pantanoso torrente de Ostrach; el general francés hubo de retroceder por donde se había adelantado. El segundo encuentro fué la reñida batalla de Stockach, veinticinco de Marzo, ventajosa para los aliados, por más que las pérdidas fueran casi iguales, cuatro mil hombres por cada parte. El Archiduque, como de costumbre, no persiguió al enemigo, que siguió retirándose. Jourdan, jacobino, como

Bernadotte, trinaba contra el Directorio, que le había enviado al combate con tan escasos medios; le dirigió, junto con una comunicación, la petición de que le autorizase á ir á París, y, antes de que le llegase la respuesta, entregó el mando al jefe de su estado mayor, Ernouf, y se fué. Ernouf llevó las tropas desmoralizadas á la margen izquierda del Rhin. El general Bernadotte siguió el ejemplo de su compañero: repasó el río, dejó el mando y partió para París. Los dos fueron destituidos. El Imperio quedaba libre de enemigos. Massena concentró sus fuerzas en los Grisones, temiendo ser atacado al mismo tiempo por Bellegarde y Hotze, de un lado, y por el archiduque Carlos, del otro. En Italia, Scherer pasó el Mincio el veinticinco de Marzo, se adelantó hasta el Adige y sorprendió al general austriaco Kray, causándole numerosas bajas; pero Kray se rehizo, tomó la ofensiva y, el cinco de Abril, alcanzó señalada victoria en Magnano. Scherer, maldiciendo de los planes ofensivos del Directorio, se retiró con las tropas indisciplinadas primero al Mincio y luego al Oglio. El catorce de Abril llegó á Verona el general Suwarow, que tomó inmediatamente la dirección de las operaciones.

Las ventajas alcanzadas por los austriacos eran de importancia: el Imperio estaba libre de enemigos hasta el Rhin; el Tirol, evacuado; las llanuras de la Lombardia, abiertas al ejército vencedor; y todo esto se había conseguido antes que llegasen los refuerzos rusos. No causaron, sin embargo, gran satisfacción en Viena, por los desastres del Tirol y de Verona. Disgustó á Thugut, además, la medida adoptada por el Czar, á instancias de Grenville, de enviar á Suiza el cuerpo de cuarenta y cinco mil hombres de Nummsen, que el imperial ministro había pensado emplear en lo que consideraba como primer deber de la política austriaca: el abatimiento de Prusia y de Baviera. Poniendo por cima de todo el egoísmo nacional, no vaciló un momento en sustraer desde este instante su concurso á la obra de la coalición, mandando al Archiduque abstenerse de atacar á Suiza, limitarse á recobrar los Grisones y apoderarse de los pequeños cantones y de los caminos á Italia. Resolución funesta, que había de costar al Austria torrentes de lágrimas. En lo más vivo ofendieron al Archiduque las inesperadas órdenes de Thugut, sobre todo, al descubrir que se le atribuía la responsabilidad de los desastres sufridos en los Grisones. Del disgusto, cayó enfermo, y el veinticuatro de Abril anunció al Emperador, que el mal estado de su salud le obligaba á entregar el mando en jefe al conde Vallis. El ejército se hallaba acampado en las inmediaciones de Stockach, y allí continuó todo el mes de Abril en inmovilidad completa. Thugut se alegró de verse libre del augustó señor que se permitía tener pensamientos propios, y decidió al Emperador á nombrarle sucesor el diez y nueve de Abril, antes de que se recibiese la dimisión oficial. La elección recayó en el archiduque José, que acababa de ser nombrado, como vimos, general en jefe del ejército de Italia.

Suwarow imprimió á las operaciones vigor extraordinario. Echó á Scherer del Oglio al Adda, apoderándose de la artillería de sitio y de los almacenes; tomó por asalto las gran-